tentaciones, y de dos veces os llamaremos, es decir, á vuestra alma y cuerpo, en esta vida, para ver vuestro adelanto; y mi Hijo y yo, vuestro Esposo y vuestra Madre, os llamaremos al finalizar este destierro, para premiaros en la patria!

¡Animo, pues, hijas mías: á pelear contra el demonio, pues sólo el que lealmente combatiere, será coronado. Vuestra Madre os acompaña y os bendice!

Vos de las Hijas.

Ansias tenemos, Madre adorada,
de ser el huerto de tu Jesús;
por tí queremos, ¡oh Inmaculada!
llegar al puerto de eterna luz;
y á la serpiente, no temeremos,
ni á las cuadrigas de Aninadab,
pues venceremos cual tú nos digas,
y un día veremos tu gran beldad.

CAPITULO VII

Coros de escuadrones.—Pasos y calzados.—Copa colmada.—Montón de trigo.—El seno.—El cuello.—Los ojos.—La nariz.—La cabeza y cabellos.—Deliciosa hermosura.—La palma y sus racimos.—La garganta y los dientes.—Amor recíproco.—A las granjas del campo.—Las viñas y granados.—Los frutos en las puertas.—Voz de María.

VERSO I.

¿Qué verás en la Sulamitis sino coros de escuadrones? ¡Cuán hermosos son tus pasos en los calzados, hija de príncipe! los juegos de tus rodillas como argollas que han sido labradas de manos del artífice.

Llámanse coros las reuniones de gentes que cantan y se alegran, y aun danzan

de regocijo. «¿Qué veis en el alma, dice San Ambrosio, que ahora ya es Sulamitis tranquila y pacífica, que va viniendo como coros de escuadrones? ¿Qué habéis de ver sino lo mucho y los muchos con que ha combatido? porque ella ha tenido que pelear contra los enmigos extranjeros; ha tenido que combatir contra las lúbricas mudanzas del siglo; ha tenido que estar en guerra contra las fragilidades del cuerpo, y ha tenido que hacer frente á las muchas pasiones que la atacan y la acometen.»

Dicen algunos doctores, que los carros de Aminadab son los turcos y otros enemigos armados de la Iglesia, y los coros de escuadrones son las Ordenes religiosas que, al mismo tiempo que pelean contra los enemigos, viven en sus conventos como coros muy ordenados que cantan las divinas alabanzas, y parecen como danzas de gozo y alegría. Y de aquí podemos colegir, que también las Hijas de María son los coros de la Sulamitis, que en sus escuadrones pelean contra el mundo y la carne; mas en las fiestas de su Reina pacífica, y principalmente duran-

te su mes, le cantan en coro dulcísimas alabanzas, y ya le dicen con amor:

Si no tienen nuestras almas
De los lirios la blancura,
Hijas somos ¡qué ventura!
De la Madre del Criador.

Otras veces, como emulando la santa osadía del melífluo San Bernardo, pidiéndole que las mire desde el cielo, le añaden:

Y si al mirar á tus hijas,
Conmover no te sientes,
Que tus ojos clementes
No nos vean otra vez.

Otras veces le cantan con su amantísimo Alfonso de Ligorio:

Alarga tus cadenas
Y átame toda entera,
Que de amor prisionera
De tí yo quiero ser:
Si al fin lograr pudiera
Concluir la vida mía,
Llamándote ¡oh María!
Al cielo, sí entraré.

En cuanto á la hermosura de los pasos en los calzados, la hija del príncipe, de quien se alaban, es la Bienaventurada Virgen hija de David, de la cual se explica así San Ambrosio: «El calzado significa el cuerpo; y en este, calzada hermosamente marchó María, que sin ningún concurso del hombre, siendo Virgen, concibió el tutor de nuestra salud.» Y así, Juan Bautista, muy bien decía: «Yo no soy digno de desatar la correa de su calzado, esto es, no soy digno de comprender con la angostura de la humanamente, ni de desatar, con la vileza de la humana palabra, el secreto misterio de la Encarnación del Señor» Y el Abad Ruperto dice: «Que como los siervos andaban descalzos, y los libres é ingenuos, calzados, por eso la serpiente pudo morder la planta de nuestra madre Eva; mas la nueva Eva, la Hija del Príncipe, muy bien calzada por la gracia, pudo con su planta aplastar la cabeza del infernal dragón.»

En cuanto al juego de las rodillas, comparado á una argolla rica y delicada, fabricada con arte, que se llevaba en

el cuello del pié, quiere indicarse con esta comparación, que el andar de nuestra querida Madre y todos los pasos que dió durante su vida, todos fueron púdicos y todos santos, y todos fueron como joyas fabricadas de manos del Artífice supremo, porque todos sus pasos y todas sus acciones fueron movidas por Dios y á él sólo dirigidos.

VERSO 2.

Tú como.... copa torneada que nunca necesitas de bebida. Tu vientre como montón de trigo cercado de lirios.

Aquí alaba el sagrado Cántico, aquel sitio del cuerpo por donde se sabe que pasa el alimento al niño cuando aún está encerrado en el materno seno; sitio que no se oye bien puesto su nombre en nuestro idioma; pero que en sentido místico, como todo se entiende en este Libro divino, significa el cuidado que tiene la Iglesia y la Virgen María de dar el ali-

mento á sus hijos, aunque tiernecitos, y aun no salidos á la luz de la gracia; y esto quiere decir, la copa siempre llena y que no necesita estarle ministrando líquido exterior; es la misericordia maternal siempre llena y fecunda, que no necesita tomar de lo ageno para ministrar al hijo de sus entrañas el debido alimento.

«Tu vientre como montón de trigo cercado de lirios.» Jesucristo se llamó grano de trigo, cuando dijo: «Si el grano de trigo no fuese muerto (esto es, sembrado y alterado en la tierra), no dará fruto alguno; mas si fuere muerto (en el sulco), lo dará muy colmado»; pero como aquí no se trata de un grano, sino de un montón de granos, bien podemos preguntar: ¿cómo, si del vientre virginal de María sólo germinó un grano de trigo, Jesucristo, puede compararse su seno á un montón de granos? Para entenderlo, es necesario saber, que Jesucristo es la cabeza del cuerpo místico de su Iglesia, que son todos los fieles; y que la Virgen santísima al darle á luz, fué Madre de todo el cuerpo, lo mismo que de

la cabeza; y desde entonces fué Madre de todos los hombres. Y así, de un modo particular los escogidos son sus hijos, y pues dijo Cristo en una parábola: «Que las pajas se quemaran, y el trigo se amontonara en su granero»; donde claramente se ve que la paja son los réprobos y el trigo los escogidos; es este mismo montón de trigo el que se manda á los ángeles amontonar en el celestial granero, el propio montón de trigo con que aquí se compara el seno de María, el cual se dice, está circunvalado de lirios, por la pureza y demás virtudes de los justos. Bellamente dice un doctor, que el vientre de María santísima se compara á un montón de trigo, que tiene amplio volumen y hace bulto, por el crecimiento del santísimo vientre de nuestra Señora, cuya vista llenó de angustia al castísimo patriarca Señor San José; pero estuvo cercado de lirios, cuando los ángeles manifestaron al santo varón los purísimos misterios que aquel vientre encerraba.

Esto es, que el montón de trigo significa la fecundidad maternal, y el cercado de lirios la purísima virginidad de

nuestra Señora. El ser madre y Virgen son sus dos más gloriosas prerrogativas; y por esto la Iglesia, al saludarla en las Letanías, después de invocarla con su glorioso nombre, ensalza estas dos prerrogativas diciendo: «Santa Madre de Dios, Santa Virgen de las virgenes»; luego sigue explicando y como difundiendo en varios títulos estos nombres de Madre y de Virgen, añadiendo ahora, por disposición del Sumo Pontífice León XIII, difunto, después de Madre admirable, el título tan á propósito en nuestra época, de «Madre del Buen Consejo.»

Como Jesucristo se llama por un profeta, el trigo de los escogidos, El es en la Eucaristía el montón de trigo germinado del purísimo vientre de nuestra Señora, circundado de lirios, ya por los puros espíritus que en el Sacramento incesantemente le adoran, ya por las puras vírgenes que le tienen y le rodean en medio de sus casas, en los conventos; ya por los puros y santos deseos que inspira en las almas; y por eso Zacarías, al llamarle «trigo de los escogidos», tam-

bién le nombra «vino que germina vírgenes.»

Sigue después una descripción en que se alaba por tercera vez el cuerpo virginal de María, en varios de sus miembros, y son cinco alabanzas: de los pechos, el cuello, los ojos, la nariz, la cabeza y los cabellos de la Esposa, como veremos en los tres versos siguientes.

VERSO 3.

Tus dos pechos como dos cervatillos
mellizos de corza.

VERSO 4.

Tu cuello como torre de marfil.
Tus ojos como pesqueras en Hesebón,
que están en la puerta de la hija
de la muchedumbre.
Tu nariz como la torre del Líbano,
que mira hacia Damasco.

VERSO 5.

Tu cabeza como el Carmelo,
y los cabellos de tu cabeza como púrpura
del Rey atada en canales.

Por qué se harán tantas descripciones en el sagrado Cántico de los miembros de la Esposa, pues con esta van ya tres veces que la alaba y la describe? Es porque Dios nada estima tanto como las virtudes del alma, simbolizadas en estos órganos corporales; y lo que mucho complace, mucho se repite. Y estas tres descripciones corresponden á los tres estados del alma: como principiante, como proficiente y como perfecta. Mas como en nuestra amada Madre no hubo estado ni tiempo de imperfección ninguna, en ella hemos de decir que las tres descripciones de sus miembros corresponden á sus tres estados de perfecta: desde su Concepción y nacimiento, y de más perfecta en su divina maternidad, y de perfectísima en su gloriosa Asunción y allá en el cielo.

Veamos, pues, esta tercera descripción. La de los pechos como dos gemelos, ya queda antes explicado; sólo añadiremos, que según algunos doctores, significan la sabiduría y la ciencia con que lacta y nutre á los ignorantes. De dos famosísimos doctores, el sutil Escoto y el eximio Súarez, se refiere que debieron toda su ciencia á la santísima Virgen, pues al último rehusaban recibirle en la Compañía de Jesús por escaso de inteligencia, y María santísima le favoreció de tal manera, que escribió veintiocho gruesos tomos en folio; de suerte que dicen que no alcanza la vida de un hombre para leerlos todos: ¿Cómo le alcanzaría para escribirlos?

Tu cuello como torre de marfil. Hablando de la torre de David, explicamos ya este otro título, por estar juntos en las Letanías de nuestra Señora. Dijimos que la torre de David era torre inmóvil y de defensa, y la torre de marfil era torre movible sobre los elefantes y propia para el ataque, lo que indica que para defendernos y para combatir contra nuestros enemigos, nos es muy útil su interce-

ción y ayuda. Y añadimos que, como á torre de David, acudimos ante su imagen fija en nuestros altares, y como á torre de marfil la traemos con nosotros en sus medallas, relicarios y escapularios.

Tus ojos como piscinas en Hesebón. Las piscinas ó estanques, y muchas fuentes de cristalinas aguas, tienen la figura redonda ó casi redonda; y sea por esto ó porque brillan entre la tierra como los ojos en la cara, los cierto es que en el hebreo la misma palabra significa fuentes, y ojos, y que en nuestro idioma se dice también «ojos de agua.» Por esto, pues, se comparan los ojos de la Esposa á estos estanques. Los ojos compáranse á las piscinas, porque son la meditación y contemplación del alma que alimentan los píos afectos y los deseos, como en las piscinas ó pesqueras se alimentan los peces. Además, como en las fuentes límpidas se ve la imágen del sol y la cara del que en ellas se asoma, así en la oración y meditación se conoce á Dios y á sí mismo; y por fin, como las piscinas derraman copiosas aguas, así los ojos derraman copiosas lágrimas de devoción y

compunción. En cuanto á la ciudad de Hesebón, de donde se dice ser las piscinas, veamos cómo se explica San Gregorio: «Hesebón se interpreta *cíngulo de dolor ó tristeza*; y los ojos de la Esposa se llaman piscinas en Hesebón, porque cuando á causa de su peregrinación se entristecen, y fortalecidas con su pena, se preparan al combate contra los espirituales enemigos, lávanse con sus lágrimas para poder lavar después á los pueblos.» La hija de la multitud es la Iglesia, henchida de la multitud de sus hijos. Todo esto conviene admirablemente á la Virgen María, cuyos ojos son piscinas de misericordia, que tanto lloraron por los pecadores, y por eso le pedimos en la Salve que los vuelva hacia nosotros.

Al fin de las revelaciones de Santa Brígida se lee lo que se llama sermón angélico, que son preciosas alabanzas de Nuestra Señora; allí dice Cristo, hablando á su Santísima Madre:

«Tus ojos fueron tan lucientes en la presencia de mi Padre, que en ellos se miraba con complacencia; pues en tu espiritual mirada y en el entender de tu

alma, penetraba tu voluntad toda entera y conocía que nada querías sino á El mismo, ni deseabas cosa alguna sino conforme á su beneplácito.»

«Tu nariz, como la torre del Líbano que mira hacia Damasco.» Desproporcionado y feo, parece, á primera vista, el comparar una nariz con una torre, que indica un tamaño formidable; pero ya hemos dicho varias veces, que en estas comparaciones campestres, no se debe atender tanto á la letra cuanto al sentido. La nariz de la Esposa se significa aquí grande y bien formada, Las familias reales, sabido es que se distinguen por la nariz que llaman aguileña. En Italia suelen ser muy grandes las narices, y así se ve en el retrato del Angélico joven San Luis Gonzaga; y más todavía, en el de San Carlos Borromeo, que ostenta una nariz de llamar la atención por su tamaño.

La nariz, en el hombre, tiene dos oficios: el primero é importantísimo es el respirar; la boca no basta para ello, ni sirve estando cerrada; el segundo es para discernir los olores; y por eso está in-

mediata á la boca, para no comer lo hediondo ó podrido. Y por esto significa la altura en que se halla colocada la Virgen María, para discernir lo malo de lo bueno, lo puro de lo impuro, lo hediondo de lo sano. Damasco, indica aquí, *servil y mutilado*; y mirando este oprobio conserva el alma la discreción. Entre lo que dicen los doctores de este título, aplicado á María, oigamos á San Bernardo: «Tú, oh Señora, eres una nariz hermosísima»; de la cual dice el Esposo: «Tu nariz, como torre de Líbano. La nariz tiene dos ventanillas, por las cuales emite el aliento de la cabeza; y así tú, Señora, con tu virginidad y humildad, trajiste del cielo al Hijo de Dios, que como *viento de nuestra boca*, como le llama un profeta, con su caridad nos calienta, refrigera nuestra concupiscencia, nos mueve á la buena voluntad, y nos justifica por la fe; tú eres la nariz de la Iglesia, semejante á una torre, como excelsa por tu dignidad, y firme por la gravedad de tu ánimo. Torre del Líbano, que significa blancura, porque indica el candor de tu inocencia.»

Tu cabeza como el Carmelo. Era un

monte excelso y hermosísimo, y por eso se compara con él la Santísima Vírgen, que después de Cristo es la cabeza de los fieles. He aquí cómo la describe el mismo Señor hablando de ella á Santa Brígida: «Tu cabeza fué como el oro resplandeciente, y tus cabellos como los rayos del sol, porque tu purísima virginidad, que es en tí como la cabeza de todas las virtudes, de tal modo resplandecieron en mi presencia, que juntas con tu humildad, me complacieron; y por eso con razón te llamas Reina coronada sobre todas las criaturas: Reina, por tu limpieza; coronada, por tu excelente dignidad. Fué tu frente de incomparable blancura, significando el pudor de tu conciencia, en la cual está la plenitud de la ciencia del hombre, y en la cual resplandece la sabiduría de Dios.»

Esta palabra recita la Iglesia como antífona en la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, pues es la Cabeza de todas las Carmelitas que deben ser como sus cabellos, de los cuales se dice aquí: «tus cabellos como púrpura real atada en canales.» Estos canales son una especie

de caños por donde corría la púrpura líquida, y en ellos se teñía la púrpura que se quería saliese de color más subido, y se introducía en aquellos canales en ciertas madejas atadas. Como en la otra comparación decíamos, aparentemente son semejanzas muy impropias, pues los cabellos teñidos de color rojo dan una idea muy repugnante. Los poetas profanos los han llamado muchas veces de oro, ó dorados, tal vez porque en otros tiempos realmente los doraban. Lo que aquí se significa, pues, es que los pensamientos del alma santa deben estar como atados á la púrpura del Rey Jesucristo, fijos en su dolorosa Pasión, y teñidos en su purpurina sangre. Así fueron los pensamientos y afectos de nuestra muy amada Madre, que toda su vida tuvo presente la sangrienta Pasión de su divino Hijo; y así, la púrpura de este Rey inmortal, siempre tiñó su cabeza, siempre ocupó su mente y su corazón. Parece también que aquí se hace alguna alusión á aquella púrpura sucia y maltratada, que por escarnio pusieron al Señor, y que si ya estaría descolorida por

el uso, se mostraba de nuevo enrojecida, como empapada en los canales de púrpura de las llagas de la flagelación.

VERSO 6.

¡Cuán hermosa eres y cuán graciosa, oh carísima en las delicias.

Las amigas y compañeras de la Esposa, habiendo escuchado las alabanzas que el Esposo acaba de tributar á su muy amada, prorrumpen en estas palabras de gozosa admiración. Ya hemos visto como el Esposo hace la misma exclamación: «¡qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!» mas ahora son las jovencitas las que aclaman y ensalzan la belleza de la amiga y paloma del Señor. Y es que los ángeles del cielo y las hijas y siervas de María sobre la tierra se juntaron en uno, para alabar los unos á su Reina, los otros á su Madre. Las alabanzas de las criaturas son poca cosa; pero cuando Dios alaba, como es suma ver

dad y suma justicia, sus alabanzas son grandes y verdaderas; nuestra amada Madre se asustó con ellas cuando el Angel la llamó llena de gracia, pues dice el Evangelio que se turbó en sus palabras: no por su presencia, ni porque le apareció en humana figura, sino por la alabanza tan grande que entrañaban sus palabras.

Aquí, pues, la aclaman las criaturas por cuatro títulos: como hermosa, como agraciada, como queridísima y como llena de delicias; hermosa por su maternidad; graciosa por su virginidad; carísima á la Beatísima Trinidad, y llena de delicias para los ángeles y los hombres. En el hebreo se lee de esta manera: «¡Oh! y cuánto te has hermoseado! ¡oh! y cuánto te has llenado de dulzura, amor en las delicias, ó bien, hija de las delicias!» Porque al ser Madre de Dios se hermoseó la Virgen María con una belleza toda celestial, y como Madre de los hombres se llenó de dulzura para con nosotros, y es la hija de las delicias, porque forma la delicia de Dios, de los ángeles y los hombres. Cinco son las delicias del

alma, dicen los doctores: primero, las dulzuras y consolaciones espirituales, y en particular la esperanza de la gloria; segundo, las tribulaciones y las cruces, que tanto complacen y deleitan á los santos; tercero, la abundancia de la gracia con la mansedumbre y la humildad, dice el Abad Ruperto; lo cuarto, explica San Gregorio, que son las Sagradas Escrituras en las que se halla al Señor y se le conoce y se le ama; lo quinto, advierte San Agustín, que es la muerte ocasionada por el amor y la caridad, cuya muerte es suavísima y deliciosa. Y todo esto se encontró en la santísima Virgen de un modo eminente: las consolaciones en Belén, las tribulaciones en el Calvario y la abundancia de la gracia en la Anunciación; el conocimiento de las Escrituras en el templo, la muerte del amor en su glorioso tránsito; de suerte que está llena de delicias y es la hija de las delicias. Bien conocida es la palabra de la Sabiduría eterna, que dice: «Son mis delicias estar con los hijos de los hombres.» Pues si en los hombres tan duros, tan ingratos, tan desamorados, halla el

Verbo delicias, ¿cuántas no encontrará en la Hija del Padre, en su Madre dilectísima, tan amante, tan fiel, tan reconocida? En verdad ella es carísima en las delicias. Y al mismo tiempo que podemos llamarla Hija, también podemos aclamarla Madre de las delicias. Hija es de ellas, porque Dios se las comunicó con su amor y su gracia; y es también Madre de las delicias, porque la Iglesia nos enseña á llamarla Madre del hermoso Amor, causa de todo deleite; y en otra parte del Cántico se la ve *derramando delicias*, sobre sus hijos, siervos y devotos. Y para que los hombres nos juntemos con los ángeles para rendirle esta alabanza, millares de bocas virginales en los monasterios y millones de labios devotos, en medio del mundo, le rezan en su Oficio esta Antífona que la Iglesia ha formado con el presente verso: «*Speciosa facta es et suavis in deliciis tuis sancta Dei genitrix.*» Hermosa has sido hecha, y suave en tus delicias, santa Madre de Dios. No dice *eres*, sino has sido hecha, porque todo lo tiene del Señor, como ella misma lo entonó en su Cántico,

diciendo: «Que ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, y cuyo nombre es santo.» Así, al acabar los Laudes del Oficio de nuestra Señora, como compendiando todas sus alabanzas, sacadas en sus cinco antífonas de este sagrado Cántico, llenos de amor, henchido el pecho de entusiasmo, radiante de gozo nuestra frente y palpitando de emoción nuestro corazón, unidos con los ángeles del cielo y con todas las almas devotas que recitan su Oficio, digámosle embelesados: «*Speciosa facta es et suavis in deliciis tuis Sancta Deigenitrix.*»

VERSO 7.

Tu estatura asemejada es
á la palma y tus pechos á los racimos.

A esta estatura le dan muchas significaciones: tu *índole*, tu *juventud* y *edad florida*, *tu levantar ó tu resucitar*, es semejante á la palma: eres alta y majestuosa como ella, y tus pechos como los racimos de dátiles que la palma produce. Se cree que nuestra amada Madre era de alta estatura, de una dignidad y de una majestad inconcebibles; y así, escribió San Dionisio, aquel sabio areopagita convertido por San Pablo, que de tal modo se llenó de estupor al mirar la majestad de la Virgen María (á quien visitó estando aun viva), que si la fe no le hubiese enseñado que hay un solo Dios, la habría adorado como á Diosa. La Bienaventurada Virgen, dice un doctor, fué humilde por de fuera, como la corteza de la palma; mas fué firme como ella por el vigor de su ánimo, levantada de su trono por la alteza de sus pensamientos, hermosa en su copa por la excelsitud de su virginidad; deleitable en su flor, pues produjo al que es flor del campo; dulcísima en su fruto, pues sin dolor dió á luz al fruto de su vientre, y cual racimos de la misma palma sus pechos, porque henchidos de néctar por Dios mismo, alimentaron al Hijo de sus entrañas.

Mas como siempre en nuestra Madre andan mezclados los dolores con los gozos, también se entiende por la palma